

TARDE XXII

LA INDULGENCIA

Si en el castigo es clemente.
É inclinada á perdonar,
Se hará del súbdito amar
La autoridad indulgente;
Que á veces el delincuente,
Disculpable en su ignorancia,
De las leyes la observancia
Descuidó precipitado,
Y si no es disimulado
Reincidirá en su arrogancia.

Es consiguiente que los viajeros no pasarian muy buena noche; el cansancio y el recuerdo de los peligros á que habian estado expuestos, era lo que ménos los inquietaba; pero la incomodidad y el enfado que habian causado á su buen padre los tenian muy desazonados, porque aun no habia resuelto el castigo que iba á darles, y temian que fuese para con ellos tan inflexible como lo habia sido con Benito: de consiguiente, lo que mas temian era el momento de ver á su padre.

Al fin llegó aquel momento tan temido. Palemon hizo llamar á su cuarto á los tres, que se le presentaron cubiertos de lágrimas. No se habian engañado: la primera mirada de su padre fué un rayo que los confundió. ¿Os acordáis, les dijo, de la orden que os di ayer por la mañana? — Sí, señor. — ¿Cuál fué? — Que no

nos alejésemos de casa. — Muy bien : ¿ y habéis cumplido con mi orden?... ¿ no respondéis ? ¿ me habéis obedecido ? — No, señor. — ¡ No ! ¿ y qué hariais en mi lugar con unos hijos desobedientes ? — ¡ Papá !... — Adelante. — Perdonadnos : nosotros queremos infinito á nuestro hermano Benito : vos mismo nos habéis inspirado estos sentimientos del amor fraternal : muchas veces nos habéis encargado el amarnos, protegernos y defendernos recíprocamente : solo os hemos desobedecido por abrazar y consolar á un hermano infeliz, agobiado con el peso de vuestra justa cólera. ¡ Oh papá ! perdonad nuestra falta, pues solo procede de las lecciones que nos habéis dado.

Leon era el orador ; Palemon se alegraba interiormente de la energía de su jóven poeta, y le agradó mucho el gracioso artificio con que se defendia ; pero conoció que era preciso rechazar su elocuencia con razones sólidas ; y afectando mucha severidad, le dijo : Señor mio, estoy muy léjos de reprender la ternura que profesáis á vuestro hermano ; al contrario, la apruebo con todo mi corazon ; solo me quejo de que no me habéis pedido licencia para ir á verle ; ya conocéis que... — ¡ Ah señor ! ¿ y nos la hubierais concedido ? — Eso es otra cosa ; hubiera hecho lo que me pareciera ; pero suponiendo que me la hubieseis pedido, y os la hubiera negado, veo que habriais despreciado mis órdenes : conozco que vuestra desobediencia es mucho mas criminal de lo que pudiera imaginar : vosotros habéis dicho : no hablemos de esto á padre porque no nos lo concederá : lo mismo es que si lo hubierais hecho ; y en el fondo habéis despreciado absolutamente mis preceptos. — ¡ Ah papá ! no es eso. — ¿ No ? creéis que yo no penetro vuestras intenciones ? Vuelvo á decir que no me enoja la visita que habéis hecho á vuestro hermano, sino el no haberme comunicado vuestro deseo : parece que de nada sirven mis lecciones : ¡ no os acordáis de que mil veces os he encargado que me miréis como á vuestro mejor amigo, confiándome vuestros mas ocultos pensamientos ? ¿ no me lo habéis prometido, hijos ingratos ? ¿ os olvidáis de que soy vuestro padre ? ¿ queréis habituarnos á mirarme como á un director, á quien se teme, de quien se huye y se oculta, aun para hacer buenas obras ? ¿ no consideráis los peligros á que os habéis expuesto por haber despreciado mis preceptos ? Muy felices habéis sido en hallar tan á punto á vuestro padre, á vuestro amigo, á aquel á quien sin duda temiais mas encontrar, y cuya presencia, á no ser por aquel accidente, os habria turbado mas que la de un tirano. ¿ Desde cuándo se alejan

mis hijos de mi seno, y temen mi presencia ? ¡ Ah ! ¡ algun dia conoceréis que los regalos mas dulces que el cielo ha podido hacer á la humanidad, son para un padre unos hijos dóciles, y para estos un padre tierno y sensible !

Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos de Palemon : al advertirlo sus hijos ya no pensaron en justificarse : todos se arrojaron á sus piés, y él les abrió sus paternas brazos, en los que se echaron de tropel, haciéndole mil caricias. Ya veo, les dijo, que os ha sido muy sensible el pesar que me habéis causado, y que estáis arrepentidos de vuestra culpa : ¿ no es asi ? — Sí, señor. — ¿ Me prometéis no hacer nunca cosa alguna sin consultarla ántes conmigo ? — Os lo juramos. — Pues yo os perdono bajo esa palabra, y tambien atendiendo al castigo que habéis sufrido con el terror que experimentasteis. Hijos míos, hijos míos, miradme como el mas fiel amigo : ¿ qué cosa reserva un amigo de otro, que lo es verdaderamente ? — Nada, nada ; todo lo sabréis papá, todo, todo. — Está bien : yo tambien lo olvido todo, porque conozco que un padre experimenta el placer mas puro y agradable cuando perdona á sus hijos.

Esta escena se terminó con efusiones recíprocas : Julio y Adela abrazaron á Leon, que habia sido su abogado : Palemon se sonrió de los extremos de alegría que manifestaron ; porque sabia que cuando los hijos se alegran tanto de que se olviden sus defectos, no están léjos de corregirse. Comieron alegremente, y el jóven Armando se alegró infinitio de ver á sus hermanos reconciliados con su padre : este se mostró muy alegre, y tambien su amigo. Á los postres se le mandó á Leon que cantase sus dos romances, y lo hizo con una gracia y expresion que encantaron á todos. No los ponemos aquí porque no son de grande interes : solamente seguiremos el curso de este dia, que se terminó como veremos.

Por la tarde, reunidos todos en el terrazo, trataban de elegir algun entretenimiento, cuando Marcela dijo que un sugeto desconocido pedia permiso para presentarse á la familia ; pero sin aguardar respuesta, apareció en el mismo instante un muchacho negro de piés á cabeza. Adela, Julio y Leon se estremecieron al reconocer á Benito. Palemon se levantó, su frente se armó de una severidad no acostumbrada, y el muchacho se arrojó á sus piés sin poder pronunciar una palabra : su padre le dice : ¿ Qué queréis, señor mio ? — Papá, yo soy... — Un hijo altivo, rebelde y obstinado, á quien yo habia desterrado de mi seno. — Señor, conozco que merezco toda vuestra cólera y que soy indigno de un

generoso perdon, lo confieso; pero ¡ si supieseis cuánto he padecido desde que estoy privado de vuestra presencia! — ¡ No dijisteis que estabais un mes con Lagrange! pues todavía no se ha cumplido. — Es verdad; pero un movimiento de despecho... — ¿ Conque estabais despechado? lo siento; mas sin embargo, proseguiréis en vuestro destierro hasta concluir el término que vos mismo os impusisteis.

Dicho esto, Palemon quiso retirarse; Leon, que por la mañana habia defendido tan bien su causa y la de sus hermanos, trató de emprender la de Benito; pero el anciano se mantenía inexorable, y solo cedió á las instancias de su amigo Lonchamps que salió garante de la docilidad y sumision que prometió observar Benito en lo futuro. Palemon no pudo ya resistir los ruegos de su amigo, y las lágrimas de sus hijos: abrazó, pues, á Benito, diciéndole: Yo sabré, amigo mio, recompensar las virtudes de mis hijos con la ternura paternal; pero tambien sabré corregir sus defectos con toda la severidad de un juez: sirva á todos de leccion lo que he practicado contigo; al que se exceda, no le desterraré á un subterráneo, como hicieron los padres de Benita; pero le emplearé en labores útiles: trabajará como tú has trabajado, y no le recibiré en mi casa hasta estar seguro de su arrepentimiento. Ahora olvidémoslo todo, y vuelva á renacer entre nosotros la alegría acostumbrada: retírate, Benito: haz que desaparezca el aprendiz de Lagrange, y que se me presente mi hijo.

Benito, que entendió muy bien esta orden, al instante fué á lavarse y mudarse de vestido, y volvió á abrazar á su padre con su traje acostumbrado: luego se colocó junto á sus hermanos, y ya no se trató sino de entretener la tarde. Mr. de Lonchamps se encargó de esto: debia ausentarse al dia siguiente y manifestó á los muchachos cuánto se alegraba de ver, ántes de dejarlos, reinar la paz y la dicha en una casa cuyo hospedaje le habia sido tan agradable: estos, que deseaban gozar mas tiempo de su compañía, le preguntaron qué era lo que le obligaba á viajar tanto; y les respondió, que solo á ellos les diria la causa. Vosotros, continuó, estáis muy deseosos de saber mis aventuras: no será larga mi relacion, ó á lo ménos procuraré abreviarla: escuchadme, y acaso aprenderéis una leccion nueva de moral y paciencia.

Nací en una gran ciudad, donde el tumulto de los placeres me arrastró en mi mas florida edad á unos excesos cuya memoria me llena ahora de rubor. Despreciando absolutamente los cuidados de mi educacion, llegué a conocer muy tarde, que el hombre que

malogra el tiempo de su juventud, se prepara crueles disgustos para el resto de su vida. Tenia veinte años, y hallándose en mí tan amortiguado el fuego de las pasiones, como pudiera estarlo en un hombre de cuarenta, vi que era preciso entregarme al estudio. Mi padre era un buen anciano, muy melancólico, muy cansado de su existencia, que no cuidaba de mí, procediendo lo mismo que si no tuviera hijo: su único placer consistia en pasar dias enteros encerrado en su gabinete, cuya llave quitaba para que nadie entrase á interrumpirle. Muchas veces suspiraba profundamente y aun lloraba, pero yo no me daba por entendido de tales extremos; porque varias veces le habia preguntado la causa, y jamas quiso decírmela. De esta conducta de mi padre, resultó el que yo me entregase á todo género de extravíos, que por fin quebrantaron mi salud. Mi padre, á quien en mi interior habia acusado de negligente acerca de mi suerte, me manifestó entónces que sabia llenar todos los deberes de la ternura paternal. Viéndome este buen padre en un estado de debilidad que podia conducirme al sepulcro, no me dejó ni de dia ni de noche hasta que me recobré. Entónces me aconsejó que volviese á emprender los estudios, que habia descuidado demasiadamente. Solos los dos, porque mi madre habia perdido la vida al dármela, nos aplicámos á los libros, y mi padre se hizo maestro mio. Con todo, siempre observé en él igual disgusto, y la misma manía de encerrarse muchas horas en su gabinete misterioso, en el cual entraba yo muchas veces, sin que todo mi cuidado y exámen pudiese penetrar qué ocupaciones eran las de mi padre en aquella estancia. Un dia me aventuré á preguntarle acerca de este extraño secreto; y la respuesta fué suspirar, derramar algunas lágrimas y decirme: ¡ Oh amado hijo! no procures arrancar de mi pecho este importante secreto: demasiado pronto lo sabrás, y conocerás las desventuras de tu padre. Confuso al oírle tales expresiones, tomé el partido de callar, y esperar á que el tiempo me hiciese digno de que mi padre depositase en mí su confianza.

Entre tanto trabajaba á su vista, y recuperaba el tiempo perdido con una actividad que le embelesaba. Mi salud no era de las mejores; pero tenia esperanza de acabar de restablecerme; y disgustado de los vanos placeres de la sociedad, todos mis gustos y deseos se habian convertido á las artes y ciencias, las cuales, segun mi padre, algun dia debian ser mi único recurso: yo, prescindiendo de este motivo, las cultivaba por inclinacion, pues no tenia otro gusto que el que ellas me inspiraban.

Se acercaba el momento en que iba á conocer la solidez de las razones de mi padre, cuya vida tocaba su fin, al paso que yo me fortificaba en la mia : enfermó peligrosísimamente : entónces se le acrecentó mucho la melancolía, que le dominaba hacia tanto tiempo : parecia que sus ojos iban á saltar de sus órbitas : no pronunciaba sino exclamaciones vagas, y yo temblaba á un tiempo por su juicio y por su vida. Cuando le vi en tal situacion, resolví aprovechar el primer momento que tuviera para arrancarle el secreto ; pero estaba decidido que no lo habia de lograr. En vano hice varias preguntas á mi padre, á quien parecia que atormentaban grandes remordimientos : no pude conseguir la menor luz, pues solo me señalaba su papelera, cuya llave nunca dejaba, exclamando : Allí está, allí está. En fin, se apoderó de él un furioso delirio, y segun sus expresiones, veia una mujer con el cabello enmarañado, que le llamaba y le arrastraba al fondo de su ataúd. Un cruel anciano estaba preparado á traspasarle el pecho con un puñal, que está siempre pendiente sobre su cabeza, y suplica á cuantos rodean su lecho que aparten de su vista aquel sangriento acero : en vano le dicen que ya está obedecido ; siempre ve resplandecer aquel instrumento de muerte ; en una palabra, su delirio excitaba á un mismo tiempo horror y compasion.

Cuando vi que me era imposible recibir de él explicacion alguna, me consolé creyendo que la papelera contenia algunos documentos concernientes á este terrible secreto : y aunque siempre estaba la llave en su poder, consideraba que si por desgracia moria, vendria á parar á mí la llave, y acaso entónces descubriria lo que me ocultaba con tanta obstinacion, pero hasta este recurso me negó la suerte. Durmióse profundamente una noche, y yo me aproveché de esta coyuntura para entregarme tambien al sueño que no habia disfrutado en muchos dias. Dejé con mi padre un criado de confianza, encargándole que estuviese atento á todos sus movimientos, y que si despertaba me viniese á llamar. El criado ofreció cumplirlo ; mas apénas volví la espalda, cuando fatigado de las muchas noches que habia estado velando, se durmió tambien, y roncaba con tal estrépito, que despertó al enfermo : este, á pesar de su debilidad, se levantó, y apoyado en un baston llegó hasta la papelera, la abrió, y despues de haber amontonado en el cuarto muchas cartas y papeles, les prendió fuego con la luz que alumbraba la estancia, y sin mas precaucion, se volvió poco á poco á su cama : solo en esto podéis conocer el estado en que se hallaba su juicio.

Pocos momentos despues un espeso humo llenaba toda la estancia, una mesa y varias sillas eran ya pábulo de las llamas. Despertó el criado, y asustado de este accidente corrió por toda la casa gritando : fuego, fuego. Oigo sus voces, me levanto apresuradamente, bajo al cuarto de mi padre, le tomo en mis brazos, le llevo ya moribundo á mi cuarto, y le pongo en mi cama. En tanto que yo me empleo en aplicarle esencias para reanimarle, se apaga el fuego á fuerza de agua ; me informo del criado, el cual me confiesa que se habia rendido al sueño, y que no sabe cómo ha sucedido aquello : mi padre mismo, mi padre fué quien me lo explicó : Si, me dijo, yo he sido la causa del incendio, por quemar todos esos funestos papeles ; el deseo de borrar hasta la mas leve señal de mis desgracias me ha dado fuerzas ; ya no existen ; así moriré mas tranquilo.

Considerad, amigos míos, cuál sería mi confusion. Hay ciertas sensaciones inexplicables, y las mias eran de este género. El moribundo estaba delirante, y yo habia perdido absolutamente la esperanza de descubrir sus secretos. Supliqué á los médicos que nada omitiesen para que siquiera recobrase algunos momentos el juicio ; pero todo fué inútil : espiró en mis brazos, y con él murieron mi consuelo, mi felicidad y mi esperanza.

Aquí, amigos míos, da principio la aventura mas admirable y extraordinaria : aquí comienzan mis inquietudes, mis pesares, los motivos que me han hecho viajar desde la muerte de mi padre, que todavía continúan, y me precisan á dejaros mañana para visitar nuevas comarcas. Prestadme la mayor atencion : vais á conocer al perseguidor de mi padre, al mio... ¿ qué digo ? conoceréis á mi bienhechor, á un hombre singular á quien nunca he visto, y que sin cesar me sigue á todas partes, me llena de beneficios, y á quien tanto para vosotros como para mí llamaré

El Hombre invisible.

Apénas habia espirado mi padre, cuando traté de recoger su herencia ; nunca habia sabido el estado de su fortuna, pero era hijo solo, y por consiguiente único heredero. No sabia que mi padre tuviese tierras, posesiones ni casas ; solo sí veia que en la de mi padre se vivia con mucha opulencia. No me hablaba de sus bienes, ni yo jamas le hice la menor pregunta acerca de ellos. Lo que mas sentia era no haber podido penetrar la causa de la tristeza que le habia conducido al sepulcro, y se me acrecentó este

pesar cuando abriendo la papelera no hallé en ella sino cartas y papeles de ninguna importancia. ¿De qué vivía este hombre? decía yo para mí: ¿cuáles eran sus recursos? pues nada me quedaba sino unos muebles, bastante considerables en verdad; pero no tanto que con su importe pudiese mantenerme con decencia. En estas reflexiones estaba sumergido, cuando me entregaron una carta, traída por un desconocido muy bien puesto, según informes del criado que la había recibido, y que para este efecto había bajado de un coche: oíd esta carta extraordinaria, cuyo contenido nunca se me olvidará.

«Nada temás, jóven apreciable, hijo de un padre demasiado infeliz; tu destino depende de un hombre que siempre ha velado sobre tu familia, y nunca te abandonará; pero procura merecer sus bondades, y borrar la mancha que han impreso en su frente los autores de tu existencia: esto lo reconocerá en tu docilidad, y en la confianza que tengas en él.»

¡Júzguese mi sorpresa! ¿De dónde me venía este raro aviso? ¿Quién podía interesarse en mi suerte? Jamás había oído decir á mi padre que tuviese parientes, ni aun amigos, y el que me escribía suponía haber velado siempre sobre mi familia, y por consiguiente sobre mi padre. ¿Era acaso este el motivo del tormento interior que consumía á este respetable anciano?

Esta carta agitó mi imaginación por espacio de algunos días; sin embargo, me era preciso tomar algún partido. Todas las investigaciones que había hecho en los papeles de mi padre solo habían servido para convencerme de que yo carecía absolutamente de bienes, y que no tenía mas recursos que mi industria y aplicación. Resolví, pues, despedir los criados, vender los muebles de la casa, y buscar donde colocarme. Ejecuté este proyecto, y después de vendido todo, alquilé un cuarto pequeño, esperando encontrar alguna colocación que me permitiese vivir con mas comodidad. Al segundo día de mi mansión en esta casa, situada en París en la calle de la Universidad, salí para visitar algunos conocidos que podían favorecerme: volví por la noche, y me dijeron que un hombre había estado á preguntar por mí, y que no hallándome, había dejado una caja para que me la entregaran. Al instante me ocurrió que esta era invención del incógnito que ántes me había escrito: subí corriendo á mi cuarto, abrí la caja, y me quedé asombrado: la primera cosa que fijó mi atención fué una carta, que leí al momento, y decía de este modo:

«No hagas diligencias para hallar colocación; te lo prohibo, y

» me opondría á que la obtuvieses. Algun día disfrutarás un destino brillante: entre tanto te remito esa cantidad de dinero, y no tardarás en recibir otra, si empleas esta bien: juntamente te envío el retrato de tu madre, y una sortija que siempre llevaba; conserva estas alhajas, si quieres que no te abandone. No te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.»

Con turbado corazón leí cien veces esta carta. Examiné los efectos contenidos en la caja, y encontré en ella mil y doscientas libras, una repetición, una sortija de brillantes, y un retrato de mujer, sobre el cual se fijaron mis ojos con ternura, porque era de mi madre, según me lo decían. Era hermosa, sin embargo de verse estampada en su fisonomía la imagen del dolor. Tenía en su regazo un niño, sobre el cual parecía que derramaba muchas lágrimas. ¡Este niño!... ¿sería yo?... Sí, sí; yo soy, figurado en una edad en que somos insensibles á todo ménos á las caricias maternas. ¡Oh Dios! ¿qué terrible misterio será este? ¿por qué mi padre jamás me ha hablado de ello? ¿por qué no he recibido de mi padre este retrato? ¿lo tenía en su poder? Por qué casualidad un hombre, de quien nunca he oído hablar, ni quiere darse á conocer, me envía una alhaja tan preciosa? Me pierdo en un abismo de confusiones: beso mil veces el retrato, cuya vista me arranca lágrimas y vuelvo á leer el billete que lo acompañaba: mucho me chocan estas palabras: *No te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.* ¿Qué enemigo persigue á un hombre que jamás ha perjudicado á nadie? ¿Cómo estoy envuelto en una intriga peligrosa y oscura, sin haber cometido delito alguno? Sin embargo, este hombre generoso, que se interesa en mi suerte y ha conocido á mi madre, me avisa que salga de París: también me prohíbe buscar colocación, y aun dice que se opondría á que la obtuviera: ¿cuál será la razón de esta conducta? ¿seré juguete de algún mal intencionado, ó tendré la dicha de hallar un segundo padre?

Después de haber reflexionado mucho sobre estos sucesos, me parece que alguno quiere hacerme héroe de novela, y resuelvo seguir mi primer pensamiento. Me quedo en París, y solicito el favor de mis amigos: uno de ellos me proporciona empleo en una oficina, y debía tomar posesión al día siguiente: fui, y llegué tarde: la plaza estaba ya dada á otro sin saber cómo. No desmayé por esto: conocía al jefe de una administración pública; me presenté á él, y le suplico que me acomode en su ramo: este hombre

me recibe con la mayor benevolencia, y me promete una plaza con dos mil escudos de sueldo : al dia siguiente voy á visitarle, pero ya no me recibe, y me preguntan los demas oficiales si tengo algun enemigo : respondo que no, y me dicen : Un sugeto os ha descompuesto con el señor director, y tanto, que ha resuelto haceros prender si volvéis á presentaros. — ¡ Prenderme ! ¿ pues qué delito he cometido ?...

Tomé el partido de escribir al referido director para aclarar este enigma, pero no recibí contestacion. ¿ Quién es, pues, el que así desbarata todos mis proyectos ? ¡ Oh ! no hay remedio : no cesaré hasta desentrañar este misterio.

Buscaba medios para conseguirlo, cuando una noche, entrando en mi casa, se me presentó la huéspedada asustada, y me dijo : Huid, Mr. de Lonchamps, huid al instante. — ¿ Por qué ? — Os buscan : muchos hombres de mala traza han venido á preguntar á qué hora volveriais : andan acechando al rededor de la casa : huid al instante. — ¿ Huir ? eso sería confesarme culpable. — Vuelvo á deciros que os pongáis en salvo : el sugeto que dias pasados me entregó la caja, acaba de irse de aquí, y me ha encargado que os dijera que huyáis al instante, y que todavía estáis á tiempo de hacerlo. — ¡ Cómo ! ¿ el hombre que me envió la caja ? — Habrá un minuto que se ha ido ; y aun me admiro de que no lo hayáis encontrado. — ¿ Pero es invisible ese buen hombre ? — No, señor : si lo he visto como os veo á vos.

No pude ménos de reirme de la sencillez de mi huéspedada ; é iba ya subir á mi cuarto para reflexionar sobre esto, cuando ella me contuvo, diciéndome : ¡ Lo que es la turbacion ! lo mejor se me olvidaba ; pues me ha dado aquel hombre este billete y este bolsillo. — ¿ Quién ? — Vuestro amigo. — ¿ Mi amigo ? — Sí, aquel buen viejo de quien os he hablado. — ¿ El hombre de la caja ? — El mismo : ved al instante lo que os encarga.

Abri apresuradamente el billete y leí lo siguiente :

« No has querido cumplir mis órdenes : huye al momento si » no quieres perder la libertad, y la ternura de quien se ve cruel- » mente atormentado por tu obstinacion. »

Atónito examiné el bolsillo, y hallé en él mil y doscientas libras : entónces ya no me paré á reflexionar, sino que me dispuse á obedecer á aquel hombre extraordinario que parecia profe-

sarme el mayor afecto ; y sin examinar qué motivo le animaba, ni cuál podia ser mi crimen, hice un lio de mis cosas, pagué á mi huéspedada, fuíme á la direccion de carruajes públicos, y pedí un asiento de coche. — ¿ Para dónde ? me preguntó el comisionado, y le respondí turbado : Para dónde quisierais. — Pero señor... — Si yo mismo no se adónde voy. — Si fuese para Chártres, al punto podriais salir. — Pues bien, á Chártres es precisamente adonde tengo que ir.

No sabía lo que hacia, ni lo que decia : pagué mi asiento y subí al coche, que inmediatamente emprendió la marcha. Llegué al otro dia por la noche á Chártres sin saber qué habia de hacer allí. Todas mis ideas eran tan confusas, que me fué imposible coordinarlas. El incógnito que me protegía no me ordenaba que tomase camino determinado. Aunque me incomodaba su vigilancia, ya empezaba á tenerle cariño sin conocerle, y sentia mucho que ignorase mi destino. Estuve dos dias en esta ciudad, pensando en el partido que tomaria, y os confieso que muchas veces, solo en mi cuarto, clamaba contre la injusticia de la suerte, y decia en alta voz : ¿ qué es lo que quieren de mí ? ¿ cuándo se acabará la persecucion que experimento ? Despues de estas exclamaciones salia á distraerme por la ciudad. La noche del segundo dia volvía á descansar, resuelto á dejar á Chártres al siguiente dia, cuando acercándome á una mesa vi un papel de la misma letra que los anteriores, que solo contenia estas palabras : *¿ De qué te quejas ? velan sobre ti, y nada te falta : viaja uno ó dos años : esto es todo lo que se te pide.*

Os veo atónitos, hijos míos ; yo tambien lo quedé ; y sin embargo, esto no es nada en comparacion de lo que me sucedió la misma noche : es tan increíble, que casi no me atrevo á referirlo por muy extraordinario. Pero ya es muy tarde ; no puedo concluir mi historia, y quisiera partir mañana mismo.

Desesperados estaban los muchachos con la interrupcion de una historia que tanto picaba su curiosidad : advirtiélo su padre, y dijo á Mr. de Lonchamps : ¿ quién puede precisaros á dejarnos tan pronto ? — Una nueva orden de mi hombre invisible. — ¿ Pues qué, no lo habéis descubierto ? — No : todavía espero el desenlace de este suceso. — Mucho me ha interesado : quedaos otro dia : yo os lo suplico, y tambien mis hijos. — Mi destino es llevar una vida errante : es preciso cumplir esta orden irrevocable ; sin embargo, por complaceros me detendré un dia mas en el seno de la amistad, y mañana á la hora acostumbrada os aca-

baré de referir una multitud de sucesos aun mas raros que los que habéis oido.

Los muchachos agradecieron á Mr. de Lonchamps su complacencia, porque hubieran sentido en extremo no saber lo que le habia sucedido despues de su viaje á Chârtres.

TARDE XXIII

LA DOCILIDAD

Cuál jóven mimbre flexible
Debes en tu tierna edad
Sujetar tu voluntad
Á la ajena; si es punible
La resistencia, atendible
Te hará tu docilidad;
Que en premio de la humildad,
El Ser que á todos gobierna,
Promete corona eterna
De inmensa felicidad.

Reunidos todos el dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relacion interrumpida la tarde anterior, y prosiguió de este modo :

Continuacion de la historia del Hombre invisible.

El extraordinario papel que me habian dejado sobre la mesa, me causó la mayor admiracion. Estaba á mas de veinte leguas de Paris, habia entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito me venia siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mí, pues me habia oido hablar en alta voz dentro de mi cuarto : él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿ Dónde podia esconderse ? Sali de mi estancia, y bajé á pre-